

LOS CRISTIANOS OCULTOS. APUNTES DEL CATOLICISMO EN JAPÓN

Hidden Christians: notes of catholicism in Japan

Agustín Rivera Hernández

Universidad de Málaga (España)

El catolicismo en Japón siempre ha sido minoritario. Desde la llegada del jesuita san Francisco Javier al archipiélago japonés en 1549, los practicantes de la religión con más fieles del planeta han vivido en una difícil encrucijada. Su persecución durante siglos provocó la aparición de los llamados «cristianos ocultos», japoneses que adoptaron fórmulas artísticas y vivencias propias del archipiélago al mismo tiempo que mantenían su fe católica. La evolución de estos cristianos en una sociedad compleja como la japonesa y la importancia de las comunidades católicas de Hiroshima y Nagasaki, que recibieron la visita del papa Francisco en noviembre de 2019, también se reflejan en estos apuntes sobre el catolicismo nipón.

Palabras clave

Cristianos ocultos, católicos, Japón, Hiroshima, Nagasaki

Catholicism in Japan has always been a minority. Since the arrival of the Jesuit San Francisco Javier to the Japanese archipelago in 1549, practitioners of the religion with the most faithful of the planet have lived at a difficult crossroads. Their persecution for centuries caused the appearance of the so-called "hidden Christians", Japanese who adopted artistic formulas and experiences of the archipelago while maintaining their Catholic faith. The evolution of these Christians in a complex society such as Japan and the importance of the Catholic communities of Hiroshima and Nagasaki, who received the visit of Pope Francis in November 2019, are also reflected in these notes on Japanese Catholicism.

Keywords

Hidden Christians, Catholics, Japan, Hiroshima, Nagasaki

Tomoko Murano, natural de Osaka, ya ha sobrepasado el medio siglo y vive a las afueras de Tokio. Sus creencias son ajenas al 99 % de la población japonesa (126,8 millones de personas).

Se bautizó al catolicismo cuando tenía seis años. Y lo hizo por tres razones:

1. Su abuela materna era católica. La había bautizado un misionero francés cuando tenía doce años.

2. Estudiaba en una escuela católica, la del Sagrado Corazón.

3. En su hogar había un ambiente católico. Su abuelo paterno había figurado entre los más sobresalientes arquitectos japoneses del siglo XX: Togo Murano. Había diseñado dos iglesias: la catedral de Hiroshima y la de Takarazuka (archidiócesis de Osaka).

Sus hijas, las adolescentes Maná y Terra, también están bautizadas. No sabe si tienen «una fuerte fe en el catolicismo», pero lo desea. Como el mismo Murano, estudian en una escuela católica.

Apenas el 1 % de la población católica de Japón se identifica con el catolicismo de Murano. ¿Qué ocurre en Japón? ¿Cómo es posible que la religión católica haya fracasado desde que san Francisco Javier llegara a la antigua Zipango en el siglo XVI?

Fue el 15 de agosto de 1549 cuando Zabieru, como se conoce al jesuita que cristianizó Asia, llegó a las costas de Kagoshima, al sur de Japón. Hubo extrañamiento, persecución, prohibición (la película *Silencio*, del prestigioso cineasta Martin Scorsese, de 2016, lo refleja con gran verosimilitud) y luego aceptación del cristianismo.

Uno de los aspectos más desconocidos de la religión católica en Japón son las pinturas sagradas de los denominados cristianos ocultos, también llamados *kakure kirishitan*. La introducción del cristianismo en Japón a mediados del siglo XVI supuso, sin duda alguna, un hito en la historia japonesa y contribuyó de manera significativa a su desarrollo posterior. De no haber sucedido tal acontecimiento, con total probabilidad la historia nipona habría transcurrido de manera muy distinta.

Los señores feudales de Japón permitieron la evangelización pensando en el dinamismo cultural que suponía y en el provecho económico para el comercio exterior. En 1587, Hideyoshi (señor feudal) percibió como un peligro el avance de los seguidores de Jesús, prohibió el cristianismo y expulsó a los misioneros.

Los cristianos ocultos sufrieron persecuciones durante casi tres siglos, hasta que en 1873, poco después de la revolución Meiji, se permitió su culto. Murano organizó en el año 2003, en el Centro Hispano-Japonés de Salamanca, una exposición sin precedentes con ejemplos iconográficos que explicaban el sincretismo de lo nipón con el mundo occidental.

La Virgen María con el niño Jesús, santa María vestida con kimono tradicional y el tocado típico de la época Edo (1603-1868) dando el pecho al niño Jesús, san Juan Bautista peinado con un moño y angelitos revoloteando con figura de gorriones fueron algunas de las imágenes representadas por los cristianos ocultos.

Hay más: el Dios católico aparece con aspecto japonés vestido con kimono, san Francisco Javier y san Ignacio de Loyola disfrazados de nipones y la Sagrada Familia en la postura de la flor de loto, de clara simbología budista. Cuando las pinturas se deterioraban, los creyentes las retocaban en un ritual que se llamaba Osentaku. Se trataba de una restauración que añadía variaciones para hacerlas parecer más japonesas y ocultar su origen cristiano.

Solo sobrevivió Nagasaki como reserva espiritual del cristianismo en Japón. Y esta fe secreta se avivó durante el siglo XVIII y después. Los cristianos ocultos lograron un sistema religioso distintivo y continuaron practicando su fe secreta con múltiples facetas. Mezclaron el catolicismo y el sintoísmo.

«En el ámbito religioso, el cristianismo fue asociado con la infiltración misionera hasta tal punto que se celebraban ceremonias anuales en las que se pisoteaban imágenes sagradas, el *fumie*, para descubrir a posibles sediciosos. El cristianismo fue literalmente borrado del mapa. El auge del budismo fue relativo y el aislamiento favoreció el shinto», relata Florentino Rodao en su imprescindible obra *La soledad del país vulnerable*.

Pero los japoneses conversos no abandonaron su fe. Fue en las islas de la prefectura de Nagasaki donde vivieron su cristianismo en total clandestinidad. Los sitios cristianos ocultos en la región de Nagasaki fueron declarados patrimonio de la humanidad por la Unesco en julio de 2018. El sitio web dedicado a esta institución¹ explica que, después de la apertura de Japón al comercio exterior en 1854, los misioneros católicos volvieron a Nagasaki y construyeron la catedral de Oura para los occidentales dentro del asentamiento extranjero de Nagasaki.

En 1865, un grupo de cristianos ocultos de Urakami vino a la catedral y reveló al misionero que había estado practicando el cristianismo en secreto. Este evento llegó a ser conocido como el descubrimiento de los cristianos ocultos, después de esto, algunas comunidades cristianas ocultas profesaron su fe a pesar de que la prohibición del cristianismo todavía estaba vigente. Las autoridades reforzaron una vez más la supresión de los cristianos, llevando una última ola de persecuciones.

¹ http://kirishitan.jp/cms/wp-content/uploads/2018/11/brochure_Spanish_201811.pdf

Hubo extrañamiento, persecución, prohibición (la película *Silencio*, del prestigioso cineasta Martin Scorsese, de 2016, lo refleja con gran verosimilitud) y luego aceptación del cristianismo

En 1873, ya en la era Meiji, se desarrolló por parte de los países occidentales una fuerte crítica respecto a la prohibición del cristianismo en Japón. Tras aprobarse el culto católico, «los cristianos ocultos se dividieron en tres grupos: los que reaceptaron el catolicismo bajo la dirección de los misioneros y se reunieron con la Iglesia católica; los que continuaron con sus propias prácticas, nutridas durante el largo período en que la prohibición del cristianismo estaba vigente, y los que decidieron convertirse al budismo o sintoísmo».

Atrás quedaban paisajes aciagos de esta urbe con cierto aroma mediterráneo en la que se ubica el Museo de los 26 Mártires de Nagasaki, los cristianos japoneses y extranjeros asesinados en 1587 por orden del shogún Toyotomi Hideyoshi, el hombre más importante de su tiempo –no solo en Japón–, al que de joven llamaban Cara de Mono, como recuerda Walter Dening en *Taiko*.

Japón es una complicadísima tierra de misión. Alberto Álvarez es un jesuita malagueño de noventa y cinco años que llegó al archipiélago nipón en 1950. Álvarez fue secretario del padre Arrupe, el exgeneral de la Compañía de Jesús que estaba en Hiroshima cuando cayó la bomba atómica.

Arrupe lo contó en *Yo viví la bomba atómica*. Tras relatar su experiencia curando heridos, el sacerdote recordó que «era sumamente difícil el trabajo apostólico» en el Japón anterior a la guerra (y también ahora, en el 2020). «Contentos con su fe tradicional, no veían la necesidad de una nueva creencia importada del extranjero. Aun la presencia misma de los misioneros era mirada con suspicacia en aquel pueblo cerrado a todo contacto del mundo».

A los curas católicos se les consideraba espías, había continuas visitas de la policía, les preguntaban de qué país recibían el dinero, les extrañaba que vivieran de la limosna, del dinero que les enviaban sus superiores desde Tokio, que no tuvieran cuentas corrientes ni se casaran.

No fue hasta el cuarto centenario de la llegada a Japón de san Francisco Javier (15 de agosto de 1949) que las autoridades japonesas les otorgaran un cierto aire institucional. El príncipe Takamatsu, hermano del emperador Hirohito, admitió que la cultura cristiana y la fe religiosa habían llevado un «gran estímulo a la tradicional cultura asiática de nuestro país».

«Nosotros también vivimos una época de lucha. El mundo se agita convulso. Aún existen fuertes antagonismos. Los japoneses estamos ahora firmemente decididos a seguir las huellas de san Francisco Javier. Nuestra nación, con un profundo sentimiento de sinceridad arrepentida después de una terrible guerra, siente fuertemente que no debe unirse a ningún bando en otra guerra futura. Por eso rogamos a Dios que nos ayude en nuestro trabajo en pro de esta causa», afirmó Takamatsu.

En alguna medida, siguieron ocultos, como los antecesores de la prefectura de Nagasaki. La visita del papa Francisco a Tokio, Hiroshima y Nagasaki en noviembre de 2019 ha supuesto un revulsivo para los católicos japoneses, sobre todo su viaje a la segunda ciudad que padeció la bomba atómica.

La crisis de vocaciones –no solo de religiosos, también de fe– ha provocado que los cristianos ocultos se encuentren ya casi en vías de extinción. Maná y Terra, las hijas de Tomoko Murano, son una excepción en el país del sol naciente.

Santiago Ferrán es un misionero secolar católico que junto a Angels Galicia, su mujer –ambos catalanes–, llevan ya varias décadas intentando cristianizar en la prefectura de Hiroshima. «La evangelización es muy dura. A los católicos nos miran un poco raro, pero hemos conseguido ayudar y coordinar importantes obras sociales», afirma Santiago. Al menos, ahora no persiguen a los católicos y pueden vivir su fe en total libertad.

Fuentes y bibliografía

- Arrupe, P. (2010): *Yo viví la bomba atómica*. Ediciones Mensajero.
- Dening, W. (2018): *Taiko*. Satori.
- Llompart, J. (1993): *Lo aprendí en Japón*. Ediciones Guadalquivir.
- Mina, J. (2017): *Tras las huellas de san Francisco Javier en Asia*. Almuzara.
- Pacheco, Diego: *El libro de los cristianos ocultos en Japón*, https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/6397/38358_5.pdf?sequence=1
- Rivera, Agustín (2019): «Alberto Álvarez, 95 años: la vida del jesuita más anciano de Japón que conocerá al papa», en *El Confidencial*, https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2019-11-21/alberto-alvarez-jesuitas-en-japon-papa-francisco_2340907/
- Rodao, F. (2019): *La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945*, pp. 211 y ss. Crítica.